

El niño de las chabolas

AZOUZ BEGAG

Traducción del francés de
Elena García-Aranda

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Zidouma está haciendo la colada. Hoy se ha levantado temprano para poder ocupar la única fuente de agua del barrio de chabolas: una bomba manual que saca agua del Ródano. Retuerce y frota en la pequeña balsa de ladrillos rojos que Berthier había hecho para regar el jardín, y golpea las pesadas sábanas, empapadas, sobre el cemento.

Doblada en dos, enjabona con su jabón de Marsella, y luego acciona la bomba una vez, dos veces, para sacar agua. Frota de nuevo, aclara, saca la ropa del agua, la escurre con sus musculosos brazos... Repite todas estas operaciones sin parar. Pasa el tiempo. Aunque sabe perfectamente que en la Chaâba sólo hay una fuente, se comporta con gran determinación. Insiste en tomarse su tiempo, que es mucho tiempo. Y que alguien se atreva a hacerle la más mínima observación, ¡que se va enterar!

Precisamente, ese alguien espera algunos metros más allá. Es la vecina de Zidouma, la que vive en la chabola de al lado. En las manos lleva un cubo con

sábanas sucias, ropa de niño, trapos... Espera pacientemente, pacientemente... Zidouma, incansable, ni siquiera se digna a volver la mirada, aunque desde hace unos minutos siente una presencia a sus espaldas, con evidentes signos de nerviosismo. Se mueve aún más lentamente.

Y la vecina sigue esperando pacientemente, paciente... no, ya no espera pacientemente. Dejando caer el cubo, carga como un macho cabrío sobre su rival. El choque es terrible. Las dos mujeres se pelean, lanzando gritos de guerra desde lo más profundo de sus gargantas.

Atraídas por el jaleo, las otras mujeres salen de sus chabolas. Una de ellas, que pertenece a uno de los dos clanes de la comunidad, se mete entre las beligerantes para apaciguar los ánimos. Supuestamente para tranquilizar a la más nerviosa, le da un tremendo bofetón en la mejilla derecha. Mi madre ya no necesita nada más para lanzarse a la trifulca. Me deja con mi café con leche y, gruñendo, pone en marcha su sólida osamenta.

Yo no intento pararla. No se puede parar a un rinoceronte a la carga. Termino mi brebaje a la carrera para asistir al combate pugilístico. No sé por qué, pero me encanta sentarme en los escalones de casa y disfrutar de las escenas que ocurren delante de la bomba y del lavadero. ¡Es tan curioso ver pegarse a las mujeres!

Clan contra clan, a espaldas de los jefes de la Chaâba, mi madre y mi tía Zidouma, y todas las mujeres en general, se amargan la vida:

–Que Allah te deje ciega... –desea una.

–Espero que tu chabola se quemase esta noche, perra, y que la muerte te lleve durante el sueño –replica la otra.

Yo no me imaginaba que las mujeres tuviesen semejante vocabulario. Incluida mi madre... que no se queda atrás. Cada vez que estalla la guerra, se arañan, se arrancan los *binuars*, se agarran de los pelos, se tiran las sábanas y la ropa recién lavada por el barro del jardín, escupen los insultos más expresivos y coloridos desde el fondo de sus gargantas, e incluso se echan maldiciones. Me encanta este teatro. Incluso un día vi a Zidouma hacer un extraño gesto con la mano, mientras le decía a otra mujer del clan de mi madre:

–¡Toma, chúpate esa!

Mostraba la mano derecha con todos los dedos recogidos menos el de en medio, levantado en perpendicular. La otra empezó a insultar como un demonio, hasta llegar a la histeria total. Se levantó la ropa con la mano izquierda, inclinó un poco el cuerpo para atrás y después, con la mano derecha, se bajó las bragas blancas de formato extra grande. Su sexo desnudo, tapado con la mano, le servía de argumento en esta guerra de nervios.

Yo encontraba fascinante la ceremonia, pero la actriz, al percatarse de mi mirada curiosa, acabó con el juego. Me puse rojo sin saber por qué.

La bomba no es más que un pretexto. En realidad ninguna de las mujeres trabaja, y del alba al crepúsculo y del crepúsculo al alba están encerradas entre las chapas onduladas y las tablas del barrio de chabolas. No se respetan mucho los turnos para la limpieza del

patio, del jardín, de los retretes. Y los nervios afloran con facilidad.

Después de cada altercado, las mujeres juran que se odiarán hasta el fin de sus días, pero inexorablemente la luz del día siguiente extingue las brasas de la víspera. Nada ha cambiado respecto al día anterior: las chabolas siguen plantadas en el mismo lugar, nadie se ha marchado. Sigue habiendo una única fuente de agua en el oasis.

En la Chaâba la gente no puede odiarse más de unas horas. Además, a causa de los jaleos que se montan en la bomba, las mujeres siempre tienen bidones de agua dentro de las chabolas. Hacen la colada en un barreño.

Por la tarde, cuando los hombres vuelven del trabajo, no les llega ni un solo rumor de los incidentes que se han producido durante su ausencia de la Chaâba. Las mujeres se muerden la lengua, se dicen que, a pesar de sus difíciles condiciones de vida, no ganarían nada sembrando la discordia entre los hombres.

Vista desde el terraplén que la domina, o cuando se franquea la gran puerta de madera de la entrada, la Chaâba parece una carpintería. Las chabolas han ido creciendo en el jardín que rodeaba la casa original. El camino central, a medio asfaltar y lleno de baches, separa ahora dos gigantescos montones de chapa ondulada y tablas, que cuelgan y se desparraman en todas las direcciones. Al final del camino está la caseta del retrete, completamente aislada. La casa de hormigón original, en la que yo vivo, no consigue asomar por encima de toda esa geometría desordenada. Alrededor

de ella las chabolas se apelotonan, se apoyan unas en otras. Un fuerte golpe de viento podría barrerlo todo de un soplado. Esta masa informe está en perfecta armonía con los vertederos que la rodean.

Bouzid ha terminado su jornada de trabajo. Como de costumbre, se sienta en un peldaño de la escalera, saca del bolsillo una cajita de *chemma*, se la pone en el cuenco de la mano izquierda y la abre. Con tres dedos coge una bolita de tabaco de mascar, la amasa durante un rato y, abriendo la boca como si estuviese en el dentista, se la coloca entre los molares y la mejilla. Vuelve a cerrar la boca y la cajita, después barre con una mirada inquisitiva el amasijo de chabolas que se han levantado allí con su consentimiento. ¿Cómo negar la hospitalidad a todos esos conocidos de El-Ouricia que han huido de la miseria argelina?

Hace poco, los hombres de la Chaâba excavaron un gran agujero en el jardín para meter dentro un enorme bidón de fuel-oil, abierto por arriba. Alrededor del contenedor han construido una caseta de tablas. El barrio de chabolas ya tiene su instalación sanitaria.

Hoy se ha desbordado el bidón. Bouzid, perplejo ante esa nauseabunda erupción, maldice a voces a los malnacidos que han dejado caer sus porquerías fuera del agujero, sobre los tablones de madera. No es la primera vez que ocurre algo así. Moscas verdes y ruidosas, gordas como gorriones, zumban alrededor de la caseta. Bouzid y su hermano Said se enrollan unos trapos alrededor de las manos, se ponen pañuelos en la nariz y la boca, atándoselos por detrás de la cabeza. A duras penas consiguen levantar el asqueroso bidón.

El rostro se les crispa debajo de los pañuelos. Seguidos por colonias enteras de moscas, se dirigen hacia el terraplén para vaciarlo en otro agujero. A su paso, los niños juegan a tirar piedras a la charca de lava todavía caliente. Cuando vuelven, cavan un nuevo agujero en una esquina aún virgen del jardín. Las moscas-gorrión tendrán material nuevo para deleitarse.

A las seis, la Chaâba ya está sumida en la oscuridad. En las chabolas la gente ha encendido lámparas de petróleo. Una nueva noche comienza. Mi hermano Moustaf está tumbado en la cama de nuestros padres, absorto en un cómic de Blek le Roc. Aïcha, Zohra y Fatia trajinan con mi madre en la cocina. El menú de esta noche: pimientos a la plancha, hechos en el fogón. El humo se ha metido por todas las habitaciones. Yo escucho en la radio los éxitos musicales. Y empiezo a sentir, poco a poco, que no me vendría nada mal ir al retrete. Pero hay que resistir, hay que hacerlo. Aguanta la respiración. ¡Venga, un esfuerzo! Se pasa. No, vuelve otra vez. Resiste. Hay que hacerlo. ¿Por qué? Sé que no hay que ir a los retretes cuando está todo oscuro, eso trae mala suerte, y además ahí es donde están los *djnoun*, los espíritus malignos. Mi madre me ha dicho que les encantan los lugares sucios. No hay que ir ahora. No, no tengo miedo, pero no hay que tomarse a broma estas cosas. Con las dos manos, me aprieto con fuerza el vientre, como para hacer un torniquete a los intestinos. Demasiado tarde. La barrera cede. Miro a mi alrededor, implorando con la mirada un alma caritativa que quiera acompañarme. No merece la pena. Moustaf se va a burlar de mí, como

de costumbre. ¿Y las chicas? Las chicas... no, no puedo pedirles una cosa así. No a las mujeres. Qué mala suerte, estoy solo. Se desata el pánico en mis conductos internos. La última compuerta ya va a reventar de la presión. ¿Y la linterna? ¿Dónde está la linterna?

–¡Zohra! ¿Dónde está la linterna? –grito con voz temblorosa.

Olvídate de la linterna, el tiempo corre. Salgo. En una décima de segundo, recorro los pocos metros que separan la casa del *bitelma*. Mi pantalón ya ha caído como un acordeón por encima de las sandalias. Abro la pesada puerta de madera, que tiene aspecto de no aguantar demasiado bien sobre sus bisagras. No hay nadie. El cubículo está libre.

En una oscuridad casi total me acuclillo sobre el bidón. Mi sandalia derecha pisa los restos que algún desgraciado ha dejado. Pero eso no me preocupa, estoy más tranquilo. El río puede correr ya con toda libertad, pero aprieto como un condenado para terminar la faena cuanto antes.

De repente, un ruido más perceptible que los que desde hace rato no dejan de sobresaltarme rasga el silencio nocturno de la Chaâba. Afino el oído, alarmado. El ruido se hace más preciso y se amplifica. Pasos... Sí, son pasos. Se acercan a mí. Un escalofrío me invade y se me pone la carne de gallina. La puerta, que no había cerrado para poder salir de un salto en caso de que los *djoun* ataquen, se abre violentamente. Enseguida me llevo las manos a los pantalones para subírmelos, sin tiempo de poder decir el ritual «¡Está ocupado!». Una sombra hace un movimiento rápido. Un líquido tibio me inunda la cara, me llena la boca.

Noto la meada. ¡Es una meada! Lanzo un grito ahogado. Allí, mi tío, acaba de vaciarme el orinal en toda la cara. Tan sorprendido como yo, me ayuda a levantarme sin que yo tenga tiempo de decir una sola palabra. Se ríe a mandíbula batiente, mientras yo intento escurrir mi camisa, que está chorreando. Me lleva a casa. Moustaf salta de la cama, inquieto. Mi madre y mis hermanas acuden asustadas. Allí los tranquiliza, y a todos se les escapa la risa. Con la boca abierta de par en par, los ojos abiertos como platos y relucientes como perlas, el cuerpo de mi madre se agita con toda su rotundidad de mujer magrebí. Al fin, cuando se calman las sacudidas de su cuerpo, saca de debajo del fogón la enorme y desconchada palangana verde que sirve de bañera a mi familia. Con un guante de crin me frota el cuerpo enérgicamente. Aïcha pone agua a hervir en la cocina.

Ahora ya sé dos cosas. En primer lugar: no hay que ir al retrete por la noche. En segundo lugar: para un hombre como yo es mejor salir del recinto de las chabolas y encontrar un rincón tranquilo. En la zona hay muchos sitios, y además en la Chaâba sólo las mujeres van al retrete de dentro. Los hombres se esconden detrás de los matorrales, o si no entre dos álamos. De vez en cuando, me interno discretamente en el bosque, llevando en la mano una lata llena de agua. En nuestra casa, el papel se guarda para hacer fuego.

Mi madre acaba de darme friegas con agua de colonia, de la que guarda celosamente en su armario y no usa más que en las grandes ocasiones. Pero esta vez no queda más remedio. Envuelto en una colcha, me coge en brazos y me lleva a la cama grande al lado de

Moustaf, que ha retomado la lectura. Antes de volver a la cocina, gira bruscamente la cabeza en dirección a la ventana. Acaba de escuchar la voz grave de su marido. Es una señal. Cada vez que Bouzid llega a casa con un invitado sin que su mujer esté avisada, habla alto para que ella tenga tiempo de preparar el recibimiento. Así que Massouda toma nota. Coge la palangana llena de agua sucia y sin pensarlo dos veces la empuja debajo de la cama; ordena las sillas alrededor de la mesa mientras se quita el delantal, y coloca los enormes almohadones bordados a mano que adornan la cama. Se apresura a abrir la puerta a los dos hombres. Yo le pregunto quién es el invitado que nuestro padre trae a casa por la noche.

—Es Berthier —me dice—, el antiguo propietario de la casa.

Los dos hombres estuvieron hasta muy tarde, contándose una y otra vez, entre ruidosas carcajadas, los recuerdos de su primer encuentro en la empresa de construcción de la calle Grand-Bandit (o sea, Garibaldi). Sin querer, escuché todos los detalles de su historia, impresionado por la capacidad del francés para comprender y traducir todas las palabras de mi padre. ¡Menuda novecita!

¿Me he lavado la cara esta mañana? ¿Me he puesto, por lo menos, los pantalones? Me llevo las manos a los muslos. Todo en orden, no he salido desnudo. Puedo continuar andando camino de la escuela, con todos los niños de la Chaâba.

¡Y mi padre se ha levantado a las cinco de la ma-